

ASPECTOS DE LA EVOLUCION CULTURAL DEL BRASIL

Cuanto más se trabaja en ese “mare-magnum” de la cultura, más se queda convencido de que sólo ella, sólo la acción cultural interpretada por los libros, por el intercambio de hombres de letras, de artistas plásticos, de profesores, de estudiantes; sólo la acción cultural, que es desinteresada, humana, piadosa, sólo esa acción del espíritu puede integrarnos en una América unida, fuerte y feliz. Es en la eternidad de los lazos espirituales que los pueblos se conocen y se aman, y es así que se perdonan los posibles defectos actuales y las incomprensiones mutuas del pasado.

No podemos continuar siendo islas culturales en este inmenso territorio americano. Esta es la hora exacta para quebrar el tenue vidrio que aún nos quiere mantener aislados; es el momento oportuno para levantar el velo y escuchar el mutuo mensaje.

Es necesario soplar las cenizas para ver brillar, luminosa, la brasa de la inspiración, de la fe y del sentimiento de nuestros pensadores. Es preciso transmitir su mensaje más allá de las fronteras para lograr el conocimiento mutuo que permitirá la integración espiritual de nuestro Continente. Vamos, pues, a ver, lo que piensan los escritores del Brasil sobre varios asuntos concernientes a la evolución cultural de mi patria. Vamos a abrir la cortina de la historia, y escucharlos.

Comencemos por el sueño, por las ilusiones que inspiraron a los portugueses a surcar el “mar océano” y llegar a las

nuevas tierras de América. Del Sueño, los portugueses pasaron al Mito, y de esa manera elaboraron toda una geo-política, basada en razones de Estado y contraria al espíritu del tratado de Tordesillas. Antes de que los luso-brasileños hubieran adquirido conciencia de la unidad geográfica, económica y humana que dio lugar a la formación del Brasil, ya habían traducido ese hecho por lo que se convino en llamar "Mito de la Isla-Brasil". Ese mito fue muy repetido y vulgarizado por la cartografía de los siglos XVI y XVII. El concepto de un Brasil, vasta isla amazónico-platina, dividida en varias islas por otros ríos, principalmente el San Francisco, se va precisando y desarrollando en los mapas de André Homem (1559), Bartolomeu Velho (1562) y de otros cartógrafos de la armada portuguesa. Esa visión de isla inmensa determinó que los portugueses se establecieran en las desembocaduras de los grandes ríos: en el Plata (Colonia del Sacramento) en el Amazonas (Belén), en las cabeceras de los ríos Paraguay y Madeira y en la extensa costa atlántica: Maranhão, Pernambuco, Bahía, Río de Janeiro, São Vicente y Santa Catarina. En esa isla poblada de mitos, de sueños y de esperanzas, establecióse, con la espada y la cruz, en el siglo XVI, la gente portuguesa. Comenzaba, por lo tanto, la gran aventura colonizadora en el mundo tropical y sub-tropical. Para esa aventura se unieron tres razas: el hombre blanco, el indio y el negro.

El hombre blanco fue representado por el colonizador y por el jesuita portugués. Portugal, en plena edad de oro, estaba impulsado por el sentido práctico de la aventura; la modalidad pragmática de la cultura portuguesa del siglo XVI condicionó los lances de las embestidas colonizadoras, que tuvieron dos objetivos: la propagación de la fe y la conquista de la tierra. Pasado ese período de los grandes descubrimientos, Portugal emprendió la población y colonización del Brasil. En esa época, la nación estaba demográficamente exhausta por la aventura marítima, por las guerras y por las epidemias. No poseía ni hombres ni familias suficientes. Sin embargo, había

que preservar la rica parte conquistada por lo que de manera modesta, más segura, Portugal inició su dominio en Maranhão, Pernambuco, Bahía y São Vicente, especies de islas extremadamente distanciadas entre sí, verdaderos ganglios de población que dieron origen a penetraciones posteriores. Dice Sergio Buarque de Holanda, crítico brasileño de renombre, que “todo estudio comprensivo de la sociedad brasileña debe destacar el hecho verdaderamente fundamental de que representa el Brasil el único esfuerzo bien empleado y en gran escala, de transplatación de la cultura europea a la zona tropical y subtropical del globo”. Y este esfuerzo lo debemos a los portugueses, ya que sólo ellos podrían cumplir exitosamente esa empresa colonizadora: su propia herencia racial, en contacto con el moro de Africa, hacía propicia su adaptación a las tierras selváticas e inocentes del Brasil. El empeño de los holandeses para convertir al Brasil en una extensión tropical de su patria europea fracasó desastrosamente ante su inaptitud para fundamentar la prosperidad del país nuevo sobre bases naturales, como habían hecho, bien o mal, los portugueses. Todo induce a creer que el éxito de éstos se debió, justamente, al hecho de que no supieron o no pudieron mantenerse indiferentes al mundo que venían a poblar. Su debilidad constituyó su fuerza.

“El fracaso de la experiencia holandesa en el Brasil constituye, en verdad, otra justificación para la opinión de algunos antropólogos, que sustentan que los europeos del norte son incompatibles con las regiones tropicales. El individuo aislado —observa una autoridad en el asunto— puede adaptarse a esas regiones, pero la raza no puede”. Contrariamente a lo que sucedió con los holandeses, el contacto entre portugueses e indígenas fue frecuente e íntimo. “Cedía con docilidad, más que cualquier otro europeo, a la magia comunicativa de las costumbres, de la lengua, de la religión, del contacto humano, lo que facilitó enormemente la miscegenación. El portugués se americanizaba o se africanizaba, según era necesario”. La propia

lengua portuguesa era instrumento de comunicación más fácil, más simple, más suave a los oídos rudos de los nativos que la construcción matemática de sonidos guturales de la lengua batak. La propia religión católica sirvió de poderoso instrumento para la penetración de la cultura portuguesa en el Brasil.

La luso-tropicología, que tiene en el sociólogo brasileño Gilberto Freire su mayor entusiasta y mejor intérprete “es ciencia especializada en el análisis y la interpretación de la simbiosis ibero-tropical, es decir, la integración de los pueblos ibéricos a los espacios tropicales, ante cuyos valores, métodos y técnicas demuestran mayor sensibilidad y capacidad que los pueblos nórdicos o boreales” los que, al dispersarse durante la epopeya colonial por las áreas cálidas del globo, lo hicieron, no como residentes y colonizadores, sino como transeúntes y exploradores. Esos estudios relativos a la colonización y administración portuguesa en el Brasil han adquirido gran intensidad en algunas universidades brasileñas. Es un asunto apasionante, que conduce muchas veces a excesos de juicio.

La mezcla de las tres razas, ese pan-cruzamiento entre los habitantes de todos los colores y la ausencia de resistencia por parte de las culturales amerindias, la diversidad de los contingentes raciales en la población brasileña no parece —al contrario de lo que ocurrió en la América Central y en las regiones andinas de América del Sur— susceptible de provocar las reivindicaciones del nativismo indígena contra los colonizadores europeos.

“La cultura y, sobre todo, la etnia brasileña son compuestas, pero existe una cultura brasileña y una tendencia hacia una única etnia brasileña”. Si la composición étnica de las repúblicas del Plata es simple, la del Brasil es compleja. Mas esa complejidad no perjudica la unidad nacional, ni la aceptación general de una misma cultura. Puede el habitante del nordeste dormir en la “rêde”, imitando al indio; puede el de Bahía condimentar la comida con aceite de dendê y otras es-

pecies de origen africano; puede el habitante del sur conservar hábitos auténticos del Piemonte o de Bavaria... Sería imprudente para un estudioso conceder demasiada importancia a esas supervivencias y rasgos culturales indígenas, negros o europeos. Esos rasgos forman parte de la compleja cultura brasileña; se incorporaron a las costumbres y ya pertenecen a la índole propia del habitante. Es la variedad dentro de la unidad. Es el milagro de la integración y del poder de asimilación de la tierra brasileña.

Fue realmente el factor esencial para la colonización del Brasil, la manera en que el portugués se acomodó a las tierras tropicales, adaptándose a las costumbres negras e indígenas y adoptando modalidades de la cultura autóctona, sin las cuales estaría molograda la conquista del inmenso territorio. Así, el portugués consiguió ese milagro de la unidad nacional, esa unidad geográfica compacta dentro de la diversidad. Unir la conquista, frente a tantos factores de disgregación, fue realmente un milagro, y gran parte de ese milagro lo debemos a los jesuitas. "Ultra equinoctialem non peccatur": esa máxima no era una simple frase sin sentido, una simple idea de aventura sino un código moral reinante entre los primeros colonizadores. Era como si la línea que divide al mundo en dos hemisferios separase también la virtud, del vicio, la pureza del pecado. Surge de ahí la infinita gama de mestizaje brasileño. El portugués —sin preconcepciones raciales y liberado de los escrúpulos religiosos y morales— creó familias naturales y convivió con las indias y las negras, entregándose a aquello que Gilberto Freire llamó "política pan-social de colonización". Establecióse, así, la asimilación entre los valores culturales portugueses, indígenas y africanos, haciéndose posible una verdadera creatividad cultural.

"La transigencia, la acomodación, la aceptación y nunca una repulsa violenta o segregación marcaron los contactos entre lusitanos, indígenas y africanos en tierras del Brasil"

De esa mezcla racial surge el caboclo: —portugués con

india— dotado de rebeldía y resignación ante la vida, de deslumbramiento y confianza ante el extranjero, de fortaleza y coraje frente a las vicisitudes y la desgracia. Surge de esa amalgama de razas el mulato —mezcla de portugués con africano— que lleva consigo la contradictoria y dramática historia de la sensualidad y de la abnegación que marcarán la psicología del pueblo brasileño.

El aventurero portugués trajo consigo, como compañero de lucha, al padre jesuita, fervoroso soldado de Cristo, fascinado por la conquista del imperio espiritual .

Sus colegios florecieron en Río de Janeiro, en Bahía y en Pará. La Compañía de Jesús mantuvo verdaderas copias e imitaciones del Colegio de las Artes de Coimbra, donde se enseñaba filosofía, humanidades y teología. En 1572, esos colegios otorgaban el grado de bachiller y el de maestro en artes. En esa época, en el norte y nordeste reinaba gran prosperidad, y las familias que conseguían riquezas con el cultivo de la caña de azúcar juzgaban que, además del ingenio y de los esclavos africanos, debían tener un hijo letrado. Inicióse así la primera élite intelectual del Brasil, con una cultura de fachada. El Profesor João Cruz Costa, de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de São Paulo, señala que “forzoso es reconocer que fue gracias a esa cultura de eruditos, simplemente ornamental, originada en los colegios de los jesuitas, que la tradición de la cultura europea se fue afirmando entre nosotros”. Fueron esos letrados, formados por los Jesuitas, que estuvieron al servicio de esa fijación de la cultura humanista y portuguesa en tierras brasileñas.

El barroquismo literario y científico correspondió al ciclo de la caña de azúcar, que se produjo en el nordeste brasileño en los siglos XVII y XVIII. En ese período, fueron mentores de la cultura los jesuitas, a través de sus colegios y seminarios. Ya a fines del siglo XVIII durante el ciclo de la minería, es decir, la época en que la extracción del oro y del diamante en Minas Gerais estaba en pleno apogeo, reci-

bimos una corriente de progreso consubstanciado con las ideas políticas, sociales y filosóficas de la Revolución Francesa y de la Independencia Norteamericana. A pesar de los cuidados que la censura portuguesa tomaba para impedir la entrada de esas ideas revolucionarias, los intelectuales brasileños las recibían de las propias universidades de Portugal. En 1790 el Conde de Rezende, Virrey del Brasil, tomaba medidas enérgicas contra los lectores de los enciclopedistas y en 1794 encarcelábase a la gente, en el Brasil, por el crimen de enciclopedismo. Como es lógico, los jesuitas colaboraban con el gobierno portugués en esa represión a la introducción de ideas nuevas.

Ese estado de cosas fue superado gracias a la venida al Brasil del regente y de la corte de Portugal, en 1808, acontecimiento de enorme repercusión en la evolución cultural de nuestra Patria. Lo que la Colonia no había obtenido en 3 siglos, lo obtuvo en 10 años. En un corto espacio de tiempo aparecieron en Río de Janeiro la "Imprenta Real", librerías, teatros, Academia de Bellas Artes, escuelas superiores, Casa de la Moneda, etc. La misión artística francesa, llegada a Río de Janeiro en 1816, influiría poderosamente en la vida artística y literaria del Brasil. Estaba constituida por un núcleo de artistas académicos y técnicos de renombre, que llegaron a formar el primer cuerpo docente de las escuelas superiores de Río de Janeiro. Entre otros vinieron Joaquín Le Breton, secretario perpetuo de la sección de Bellas Artes del Instituto de Francia, Aldredo D'Escagnolle Taunay, escultor; Debret, pintor de asuntos históricos y ornamentales, paisajista famoso; Grandjean de Montigny, arquitecto; Pradier, grabador; Ouvide, maquinista.

Conjuntamente con el florecimiento intelectual, tuvimos también la renovación política. Todas las naciones latino-americanas, más o menos en esa misma época, rompieron los lazos de subordinación que las prendían a las naciones europeas. Pero, mientras en las demás la separación fue violenta y larga, y se resolvió en los campos de batalla, en el Brasil es el propio

gobierno portugués el que, apremiado por las circunstancias que hacían de la colonia la sede de la monarquía lanzará, paradójicamente, las bases de la autonomía brasileña. La independencia del Brasil, ocurrida en 1822, fue fruto de la rebelión de un sector de la corona portuguesa y de los parlamentarios brasileños. En ese momento el pueblo brasileño tuvo poca actuación. El proceso de la independencia fue una simple transferencia pacífica de los poderes de la metrópoli para el nuevo gobierno brasileño, bajo la hábil orientación de José Bonifacio de Andrada e Silva. Ninguna gran corriente de ideas, ningún régimen político ni doctrina filosófica motivaron la independencia brasileña. Solamente existió, es verdad, cierta influencia de la franco-masonería en un círculo limitado a altos personajes.

En 1840, después de los primeros desajustes políticos, el Brasil, por medio de sus clases dominantes, iría a adoptar el sistema de gobierno predominante en Europa: la monarquía constitucional. Establecióse un imperio tranquilo, modelado al estilo de Luis Felipe, que por gobernante tendría un emperador filósofo, un hombre apegado a los libros e imbuido de las ideas filosóficas de Víctor Cousin. El Eclecticismo, filosofía sin compromisos y propia de los espíritus sin la angustia de las grandes renovaciones, dirigiría la vida intelectual del país durante la primera parte del reinado de Pedro II. En ese período, la influencia intelectual del emperador-profesor en el seno de las élites brasileñas fue enorme. Entretanto, en la década de 1860, con el advenimiento de personalidades selectas en la vida intelectual brasileña, como Tobías Barreto y Silvio Romero, ya se nota una reacción ante ese conformismo burgués y ante esa importación, pura y simple de las ideas que se propagaban por Europa. El profesor Antonio Cândido, de la Universidad de São Paulo, así se expresa con relación a ese fenómeno: "En un Brasil entorpecido por las materias humanísticas, que, bajo cierto aspecto constituyan un verdadero fenómeno de inercia cultural, la campaña por la cultura y

por la revisión filosófica, que se procesara alrededor de 1868-70, apareció con fuerza de renovación mental. La crítica de Silvio Romero, tan profundamente ligada a esa renovación, corre paralela al incremento de los estudios de matemática y ciencias naturales, de la etnografía y etnología brasileña, a la transformación del estudio del derecho, bajo el influjo del evolucionismo". En fin un verdadero despertar de conciencias, a través de nuevos y mejores modelos culturales.

Parécenos —dice el profesor paulista— que semejante movimiento no estará sin correspondencia, ni es ocasional que coincida con las primeras tentativas de la burguesía de tomar para sí la dirección económica y política de la nación. La inquietud de las ideas nuevas, efectivamente, ya se hace sentir en Pernambuco, Bahía y San Pablo. En 1860 vencen los liberales sobre los conservadores y en 1870, el Partido Liberal se funde con el Republicano. En ese año están en pleno auge las empresas de Mauá; el positivismo conquista profundamente a los militares y la idea de la abolición de la esclavitud es una fuerza invencible. "El movimiento intelectual y científico significaba, en el campo de la cultura, el mismo proceso de ruptura con la autoridad tradicional y el mismo deseo de afirmación nueva y libre". El movimiento intelectual de la Facultad de Derecho de Recife, que repercutió en todos los niveles culturales del país, fue una vibrante manifestación del proceso de aburguesamiento, reflejándose en la esfera mental. Fue la primera expresión coherente en el campo filosófico y literario de una ideología burguesa en el Brasil. Dice Silvio Romero que en esa época: "una nube de ideas nuevas avanzó sobre nosotros, desde todos los puntos del horizonte: el positivismo, el evolucionismo, el darwinismo, la crítica religiosa, el naturalismo y el cientifismo se manifiestan en la poesía, en la novela, en el folklore y en los nuevos procedimientos de crítica y de historia literaria".

En esa época de renovación, dos figuras se destacan: Tobías Barreto y Silvio Romero. Tobías Barreto perteneció a esa

“fulgurante plebe”, al grupo de hombres de origen humilde y mestizo que, a través del seminario y de la Escuela Militar, invadieron la vida pública e intelectual del Brasil, anunciando las ideas nuevas que iban surgiendo. Fue él quien primero difundió las ideas de los filósofos alemanes en el Brasil, a los cuales conoció a través de los autores franceses. Hablaba, sin embargo, admirablemente bien el alemán. Autores como Haeckel, Lamarek, Kant, Nietzsche y Hartmann, fueron estudiados y sus ideas difundidas por ese profesor de la Facultad de Derecho de Recife, que creó escuela y ejerció enorme influencia en la formación de la juventud brasileña, ayudando a destruir las carecidas simbiosis monarquía-eclectismo-seminario-aristocracia.

Otro gran escritor y pensador brasileño que influyó en esa renovación intelectual fue Silvio Romero. Colega y amigo de Tobías Barreto, no sustentaba las mismas ideas que este último; estaba interesado, preferentemente, en temas brasileños. Dio carácter nacional al estudio de la literatura, etnología y folklore. Para Silvio Romero, “la mercadería intelectual importada pasa a constituir objeto de menor importancia y los problemas nacionales, sobre todo los concernientes a la historia de la cultura, pasan a ocupar la atención del pensador, en primer lugar”.

Fue Silvio Romero el primer pensador interesado realmente en lo nuestro. Fue un pionero, que marcó los senderos de la cultura nacional por donde otros, después, siguieron sus pasos. Trabajaba de espaldas al océano; su atención, su interés intelectual, estaban consumidos por los problemas espirituales de la tierra y de la gente del Brasil. Meditó y escribió concentrado en el interior del país.

De todas esas escuelas, corrientes de ideas y novedades filosóficas y científicas que asaltaron a los intelectuales del Brasil a fines del siglo XIX, hubo una que realmente influyó en la historia de la cultura nacional. Se trata del positivismo.

En 1880, el Brasil tenía 14 millones de habitantes, disc-

minados por toda la costa atlántica. La élite intelectual, los corifeos del pensamiento brasileño ya no eran reclutados entre los nobles e hijos de las prósperas familias propietarias de los ingenios de azúcar nordestinos o de las "fazendas" del sur. La nueva élite intelectual que iba surgiendo estaba integrada por los representantes y herederos de la burguesía de las ciudades, de los burócratas y comerciantes de las aglomeraciones urbanas. El propio mulato comenzaba a despuntar como integrante del grupo intelectual. La burguesía se alió en seguida con el capitalismo que, aun cuando en forma discreta, ya surgía a fines del siglo XIX en las tierras brasileñas. Y las Facultades de Derecho de São Paulo, de Río de Janeiro y de Recife diplomaban nuevos bachilleres, que iban a engrosar las filas de los que luchaban contra el régimen monárquico y contra las ideas morales, sociales y filosóficas por él sustentadas. Mas, al lado de las Facultades de Derecho, coexistía otra escuela superior que preparaba jóvenes de poca fortuna material, pero de gran valor intelectual y que irían a influir poderosamente en el destino de nuestra patria. Era la Escuela Militar de Río de Janeiro. Leontina Licino Cardoso, una de las líderes feministas del Brasil, recientemente fallecida, escribía que "a fines del siglo XIX salió de la Escuela Militar una pléyade de hombres fuertes, de autodidactas, casi todos descendientes de gente de pocos haberes, muchachos que ingresaban en la carrera de armas para conseguir la instrucción que las condiciones de su vida le negaban. Esa generación formóse bajo el influjo inspirador de Benjamín Constant Botelho de Magalhães, con ideas nítidamente democráticas, participó en la caída del régimen monárquico e implantó la República, inspirada en la doctrina y las enseñanzas de Augusto Comte".

Los positivistas actuaron en dos campos de ideas nuevas—victoriosas ambas— y que colocaron al Brasil al lado de las naciones libres y progresistas. Esas ideas nuevas y victoriosas fueron: la liberación de los esclavos y la proclamación de la República, concretadas en 1888 y 1889 respectivamente. A los

positivistas debemos la difusión de ambas ideas. Eran los positivistas, además, acérrimos enemigos de lo que llamamos “bachillerismo”, es decir, la formación de fachada de los profesionales que sólo se interesan en obtener un diploma para después vivir a la sombra del empleo público o del prestigio que rodeaba a los hombres con título universitario.

La República fue proclamada en 1889 por un grupo de militares positivistas. Los civiles no tomaron parte activa en ella. Pero era necesario organizar y consolidar la nueva forma de gobierno, y es en ese momento que surge una figura que ocuparía lugar de máxima importancia en la vida política y cultural del país, durante largos años. Esa figura fue Rui Barbosa. Republicano de última hora, como el mismo confesaba, correspondió a ese meritorio profesor y estilista bahiano no solamente el trabajo de redactar la nueva constitución política, sino también el apostolado —ingrato en los albores del régimen republicano— de predicar el derecho, la ley y la justicia, los principios políticos y democráticos del nuevo gobierno. Fue el maestro de varias generaciones de brasileños. Su influencia fue poderosa, y su prestigio indiscutible durante los treinta años que sucedieron a la proclamación de la República. Fue el arquitecto incomparable de las leyes y de la justicia de esa fase de la vida política brasileña. La simple reforma política, sin embargo, a través de los años, probó no ser suficiente para solucionar los vastos y profundos problemas que se acumulaban dentro del territorio desértico, salpicado de islas, de ganglios de población, que era el Brasil a comienzos de este siglo. El aislamiento del hombre del sertón ya era peligroso para la propia integridad nacional. El desnivel de los dos Brasiles —el arcaico, colonial y subdesarrollado y el Brasil blanco de las ciudades del litoral, ya era sentido por los intelectuales. Euclides da Cunha denunció esa “decaláge” cultural, esa barbarie dentro de la civilización, en una verdadera expedición literaria a la zona de Canudos, en el Nordeste, donde combatían tropas regulares del ejército bra-

sileño contra una banda, casi invencible, de fanáticos religiosos. Su libro "Os Sertões" fue escrito en 1902 y su mensaje repercutió vibrante durante muchos años.

El sertón, el Brasil ignoto y misterioso, con su gente viendo y muriendo en el absoluto anonimato nacional, hizo, en el amanecer de la República, su dramática aparición en el escenario de la vida patria, revelando aspectos trágicos de nuestra formación. No resisto la tentación de transcribir aquí un fragmento de ese incomparable escritor:

"Y nosotros, viviendo cuatrocientos años en el litoral vastísimo, en que perduran reflejos de la vida civilizada, tuvimos de improviso, como herencia inesperada, la República. Ascendimos de golpe, arrebatados en el caudal de los ideales modernos, abandonando en la penumbra secular en que yacen, en el seno del país, un tercio de nuestra gente. Engañados por una civilización de prestado, urgando, en ciega faena de copistas, todo lo que de mejor existe en los códigos orgánicos de otras naciones, hicimos —huyendo revolucionariamente a la más leve transigencia con los imperativos de nuestra propia nacionalidad— más profundo el contraste entre nuestro modo de vivir y el de aquellos rudos compatriotas, más extranjeros en esta tierra que los inmigrantes de Europa. Porque no nos separa un mar: nos separan tres siglos..."

En otro fragmento de "Os Sertões", proclama:

"Nos alejamos de esta tierra. Creamos la extravagancia de un estilo subjetivo que de ella nos aparta, mientras vagamos como sonámbulos por su seno desconocido. De ahí provienen, en gran parte, los desfallecimientos de nuestra actividad y de nuestro espíritu. El verdadero Brasil nos aterra; lo hemos cambiado gustosamente por la civilización esmirriada que nos comprime, en la calle Ouvidor —sabemos del sertón poco más que su etimología ruda— desiertos; y, a ejemplo de los cartógrafos medioevales, cuando idealizaban el Africa portentosa, podríamos consignar en algunos trechos de nuestros mapas nuestra ignorancia y nuestro espanto: "hic habent liones..."

Euclides de Cunha dejó discípulos y una pléyade de admiradores. Sus palabras, su prédica, fueron tenidas en cuenta a lo largo del proceso evolutivo de la formación cultural brasileña. Nació de allí la escuela nacionalista de escritores y más tarde el movimiento modernista, del que hablaremos a continuación y por cierto, todo un nuevo proceso de evolución cultural del Brasil, con tendencias nítidamente nacionales, que evolucionó hasta nuestros días, alcanzando primero a los poetas y novelistas, después a los críticos, sociólogos, geógrafos y filósofos y culminando en la filosofía política de los cuatro últimos presidentes de la república brasileña.

En 1922 explotó en São Paulo, como una bomba de alto poder, la revolución estética denominada "Semana de Arte Moderno", que dio origen al movimiento modernista brasileño. Wilson Martins, gran crítico literario del diario "O Estado de São Paulo" y profesor de la universidad de Paraná, así se expresa con relación a él: "Es una literatura que se ha definido siempre por su permeabilidad a las influencias extranjeras, el modernismo se distingue ante todo por su búsqueda consciente y sistemática de "brasileñismo". Sería un error asimilarlo al futurismo, al surrealismo, al dadaísmo o a cualquier otro "ismo" contemporáneo, a pesar de los lazos doctrinales que le unen a todas estas manifestaciones artísticas, porque el modernismo se destaca de ellas en un punto esencial: no es una "escuela" exclusivamente estética ni tiene el propósito de reducirse a los límites de la literatura pura. El modernismo brasileño, desde el primer instante, pretende ser "sociológico", aspira a una auténtica interpretación de la tierra y, por ende, forzosamente nueva, que quiere transformarse en una verdadera filosofía nacional. Si el surrealismo era apátrida, el nacionalismo modernista es, al mismo tiempo, el origen y el resultado de un inmenso cambio que se ha operado en los espíritus: la etapa de vida brasileña que se extiende desde 1920 a 1940 corresponde a los años del nacionalismo político, de las revoluciones inspiradas por la idea de

reforma social y de una búsqueda febril de la realidad brasileña. Brasil se busca entonces a sí mismo, y el modernismo responde, en gran parte, a esta inquietud, a la vez que la estimula”.

Por consiguiente, el gran movimiento cultural nacionalista, en el cual tomaron parte escritores, educadores y sociólogos brasileños, y que tenía por objetivo el redescubrimiento del país, el estudio del Brasil arcaico, dióse a partir del movimiento modernista y alcanzó su culminación en 1930, con la revolución política y social.

Fundáronse, en ese período, sociedades de educación, editoriales, periódicos; fueron publicadas centenares de obras y se iniciaron numerosas campañas, todo en pro de la idea nacionalista de volver el pensamiento hacia el interior, de estudiar el sertón, de analizar el monstruo que teníamos ante nosotros. Ese movimiento, iniciado, además de Euclides da Cunha, por Alberto Torres, Graça Aranha y otros, y continuado por Oliveira Viana, Monteiro Lobato, Plinio Salgado, Azevedo Amaral, Fernando de Azevedo, Manuel Bonfim, Ronald de Carvalho y Vicente Licinio Cardoso, entre otros, abrió nuevos caminos para la inteligencia brasileña. La principal preocupación de este último escritor y pensador brasileño, era conocer profundamente su tierra. Dirige su mirada, entonces, hacia la misteriosa selva. “Penetremos en el sertón, —escribía Vicente Licinio Cardoso en 1924— para revigorizarnos en esa nueva bandera del nacionalismo de nuestro siglo; pero, atravesemos nuestros ríos y recorramos nuestras tierras con el espíritu formado de hombres cultos, como lo hicieron Martius, Spix, Saint-Hilaire, Eschewege, Reclus y Agassiz y como lo realizó Euclides da Cunha; aprendamos a conocer la tierra para construir para el futuro los destinos de nuestra propia nacionalidad”. Conquista de la tierra, el problema de la raza, he aquí la gran preocupación de los hombres de espíritu de la generación de Vicente Licinio Cardoso. “Engañosas son las voces de las sirenas que pregonan la grandeza his-

tórica o las futuras glorias del sentido del Mar... pues no es hacia él que nos conduce nuestra natural evolución. Otro ideal cabe animar a nuestra conciencia colectiva: el sentido de la tierra". Esos eran los conceptos del ilustre y malogrado pensador brasileño, que muy caro pagaría ese amor al Brasil. ese afán de bandeirante moderno, pues, al descender por el río San Francisco, en viaje de estudios y propaganda de los ideales de la Asociación Brasileña de Educación, en las márgenes de ese río histórico adquirió la dolencia que lo llevaría a la tumba: el tripanosomaeruzi. Parece predestinación que el pensador brasileño fuera a sufrir, en el propio corazón de la nacionalidad, con la picadura del insecto, la suerte común a la pobre gente del sertón, que pocos años antes Euclides da Cunha hallara en deplorable estado de retraso mental, alejada de nosotros tres siglos. Cardoso, no soportando las consecuencias de la enfermedad contraída en esa expedición, falleció en 1936.

Para la evolución cultural del Brasil, ese período que va desde 1922 hasta 1950, es de los más importantes. En él se consolidó el objetivo de interesarse en el interior del país, los estudios científicos tornáronse más serios y profundos, las ciencias sociales se lanzaron a la interpretación de la realidad brasileña; la literatura cambió de rumbo, abandonando la palabra sin contenido. El escritor se preocupó del binomio "hombre-tierra"; los hombres públicos iniciaron lo que se convino en llamar "política del desarrollo". Las corrientes nacionalistas de opinión conquistaron al público, a los intelectuales y a los gobernantes.

Esa política progresista tiene el objetivo de, poco a poco, eliminar las diferencias que existen entre los dos Brasiles: el metropolitano y el colonial. Jaques Lambert, antiguo profesor de Sociología de la Facultad Nacional de Filosofía, Ciencias y Letras de Río de Janeiro, y actualmente profesor de Derecho Comparado en la Facultad de Derecho de Lyon, en Francia, en su libro, de honda repercusión en mi patria, in-

titulado "Os dois Brasis" toma el hilo dejado por Euclides da Cunha y otros sociólogos y estudiosos de la compleja realidad nacional, y nos ofrece un estudio de largo vuelo sobre las dos estructuras sociales que conviven en territorio brasileño. Dice Lambert: "Los brasileños están divididos en dos sistemas de organización económica y social, tan diferentes en sus niveles como en sus métodos de vida. Esas dos sociedades no evolucionaron en el mismo ritmo, y no alcanzaron la misma fase; no están separadas por una diferencia de naturaleza, sino por una diferencia de edad".

Existe, efectivamente, dentro del propio territorio brasileño, marcante diferencia entre el país nuevo, próspero y moderno, dotado de los medios técnicos más avanzados, y el país viejo de sociedad arcaica, miserable, inmóvil, perdido en los vastos y desolados campos del interior del Brasil, portador aún de los trágicos aspectos tantas veces señalados por nuestros escritores. El profesor Lambert, sintetiza muy bien su tesis a través de las siguientes palabras: "En gran parte del Brasil, viejas tradiciones vienen resistiendo a los años. Hace más de cuatro siglos, los colonos portugueses y sus esclavos africanos, después de haberse mezclado con los indios, se organizaron en pequeñas comunidades, cuya tranquilidad hasta la reciente abolición de la esclavitud, nada consiguió perturbar. Esas comunidades, esparcidas por el interior o agrupadas cerca de la costa, en torno a las fazendas coloniales, separadas una de otras y todas aisladas del extranjero, resistían el cambio en la misma forma que las comunidades campesinas indígenas de otros países. En el transcurso del largo período de aislamiento colonial, formóse una cultura brasileña arcaica que conserva aún la marca de la esclavitud y del siglo XVI. una cultura que, con sus tradiciones y sus rutinas, mantiene dentro del aislamiento que aún perdura, la misma estabilidad que las culturas indígenas del Asia o del Cercano Oriente".

"En contraste con esa cultura arcaica, principalmente, pero no exclusivamente rural, la actividad de los habitantes

de São Paulo y, a su alrededor, de la mayor parte de los Estados del Sur, provoca la formación de otra sociedad, mucho más móvil y evolucionada, que, siendo la sociedad dominante en el Sur, se proyecta poco a poco en todas partes, sobre todo en las grandes ciudades. La afluencia de inmigrantes europeos, arrancados de su medio original y trayendo nuevas técnicas y modos de vida, el desarrollo de nuevas formas de agricultura, la creación de una gran industria, la concentración de capitales nacionales y extranjeros, el progreso de los transportes, todo contribuyó para unir a las numerosas poblaciones en una vasta sociedad en constante evolución. El Brasil del Sur es un país nuevo, o por lo menos está volviéndose un país nuevo y ya desarrollado”.

“Manteniendo por todas partes estrecho contacto, los dos Brasiles, tan diferentes, están unidos por el mismo sentimiento nacional y por muchos valores comunes; no constituyen dos civilizaciones diversas sino una frente a la otra, dos épocas de la misma civilización: los dos Brasiles son igualmente brasileños, mas están separados por varios siglos”.

Ese problema de la coexistencia de dos culturas, de dos o más sociedades diferentes entre sí conviviendo en el mismo territorio, ¿no existirá también en la Argentina?

Fernando De María, ese joven y brillante intelectual argentino, en su libro sobre “El Hombre Nuevo” se refiere al tema, diciendo “Varios años de reflexión y de un trabajo alternado entre la capital y el campo nos han permitido percartarnos de la existencia de dos realidades argentinas: la que responde al espíritu de la capital y la otra, que denominaremos hoy la Argentina dormida”.

En esa estructura dualista o pluralista de la sociedad brasileña surgen problemas de terrible complejidad. ¿Cómo aplicar una sola ley, un solo concepto jurídico a poblaciones que están separadas entre sí por siglos de civilización y de progreso? ¿Cómo dar la misma instrucción a criaturas de las chozas indias de Mato Grosso, de las palafitas construidas en las

márgenes del Amazonas, de los ranchos del sertón, y a la infancia de los adelantados centros urbanos? La elección y la práctica de un sistema de enseñanza útil para todos vuélvese, como se puede calcular, extremadamente difícil.

La herencia recibida por los brasileños fue grandiosa, no hay duda: un territorio enorme y riqueza potencial en abundancia. Pero recibimos también problemas más complejos y en mayor número que cualquier otra nación del nuevo mundo. El Brasil tiene 8 % de negros y 26 % de mestizos. Su crecimiento demográfico vegetativo es uno de los más altos del mundo. Su población de menores de 21 años representa el 52 % del total del país. Es un país nuevo en la expresión exacta de la palabra.

Es por ello que debemos reformar constantemente nuestros padrones y sistemas de enseñanza, así como nuestras instituciones jurídicas. La batalla contra la ignorancia y los otros males del subdesarrollo es ardua, pero no nos desespera. Ya conseguimos mucho, y mucho más esperamos obtener.

La cultura y en particular la educación aristoerática y libresca que hasta hace algunos decenios predominaba en el Brasil, están volviéndose democráticas y accesibles a todo el mundo. La educación científica, técnica y profesional está adquiriendo incremento notable, y se difunde por todos los centros urbanos. Nuestro objetivo es llevar la educación hasta el pueblo, poco a poco. El 40 % de analfabetos que hoy existen en el Brasil irán disminuyendo hasta su total desaparición.

La conquista del Brasil arcaico, del Brasil subdesarrollado, del Brasil pobre, analfabeto y enfermo, por el Brasil nuevo, pujante, progresista, moderno, industrializado, rico y generoso de los grandes centros urbanos, es nuestra lucha actual.

La nueva capital, Brasilia, plantada en el corazón del territorio brasileño, es el símbolo auténtico de ese avance, de esa arrancada para transformar al Brasil en una sociedad sin grandes desniveles, y esa lucha debe ser trabada con celeridad, sin pérdida de tiempo, para superar y al mismo tiempo

derrotar ideologías foráneas que, con el pretexto de arrancar al caboclo de la miseria o al nordestino del hambre nos prendan en las cadenas de una dictadura política, privándonos de las sagradas libertades democráticas conquistadas con tanto sacrificio a lo largo de nuestra formación histórica.

Ese redescubrimiento del país, ese avance del progreso por las ásperas tierras del sertón, fue inspiración puramente brasileña, de los descendientes de la civilización y de la familia luso-tropical. Mas la batalla no podría ser trabada sin la colaboración del inmigrante, que aportó a la sociedad brasileña nuevas técnicas, nuevas ideas, nuevos modos de vida. La historia de esta repoblación del Brasil es otra historia, que no corresponde ser relatada en esta oportunidad. No obstante, no puedo dejar de referirme a esa convivencia entre extranjeros y sus descendientes, por una parte, y los tradicionales habitantes y herederos de la tierra brasileña, por otra. Un sociólogo describió esa convivencia para el progreso, esa simbiosis para la civilización, entre inmigrantes y autóctonos, como la mesa de la comunión pascual de la que nos habla Paul Claudel en su libro "Soulie de satin". Con esa expresión, se quiere designar todo el Brasil, especialmente el sur del país. Todas las razas, todas las etnias —portugueses, italianos, alemanes, japoneses y europeos en general— ahí se mezclan y cooperan en el mismo trabajo. Huyendo de la miseria, de las persecuciones políticas, de las invasiones asesinas o de la inseguridad ante el futuro, los hombres dejan sus casas, el paisaje familiar, el comentario donde descansan sus antepasados a la sombra de la cruz de Cristo o de las piedras tumulares budistas. Lanzan una última mirada a los campos de olivos, a las rocas calcinadas de Sicilia, a las aldeas bávaras o prusianas, a los cedros del Líbano, a los árboles en flor de los valles nipones y rumbean, a través de los acéanos, hacia las nuevas tierras pródigas, medidas por sus sueños. Después se dispersarán por las "fazendas", por las ciudades; conocerán otras estrellas y otras costumbres; construirán otras casas, crearán nuevos paisajes

a su alrededor. Para tristeza o para alegría, para pobreza o para riqueza, para siempre estarán prendidos a la nueva tierra.

“Sí, el Brasil es, en verdad, la gran mesa de la comunión pascual y los pueblos que en otros lugares se combaten y se matan unos a otros, vuelven a encontrar la fraternidad y la dulzura de vivir, alimentándose del mismo pan del trabajo, bebiendo el mismo vino de la alegría o del sufrimiento común. Comparten, como hostia sagrada ofrecida por la mano brasileña, la misma tierra para labrar y plantar, para sembrar y hacer fructificar. Y a través de la compartición de ese pan sagrado, dividido en fragmentos, por medio de una nueva patria común, que une hermanos separados, reciben, finalmente, en el atardecer de la vida, la dádiva de la Paz”.

Ahora yo me pregunto: la gran mesa de la comunión pascual, donde se reparte el pan del trabajo común, ¿no es toda América? ¿No es en este nuevo mundo donde las viejas civilizaciones van a encontrar la paz y la seguridad para sus hijos?

Es necesario, por consiguiente, que conservemos este Mundo Nuevo en su camino de paz y de concordia. Para conseguir eso, debemos conocernos cada vez más. ¿Y qué mejor instrumento para la aproximación de los pueblos —como dije al inicio— que la cultura? Los poetas, los artistas, los escritores, los profesores... ellos son los portadores, los líderes de la fraternidad humana. Dejémoslos invadir por el espíritu de nuestros hermanos de América, y vamos a luchar para la defensa del patrimonio común como herederos que somos —argentinos y brasileños— de una sola cultura: la latina, y particularmente, la ibérica.

HELIO ANTONIO SCARABÓTOLO

Arroyo 1142, Buenos Aires

